

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

No somos perfectas: Identidades de género y representaciones del “yo” en los procesos sociales del siglo XXI.

Massara, Liliana M. (UNT).

Cita:

Massara, Liliana M. (UNT). (2007). *No somos perfectas: Identidades de género y representaciones del “yo” en los procesos sociales del siglo XXI. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/828>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia
Tucumán, 19 al 21 de setiembre de 2007.**

***“No somos perfectas: Identidades de género y representaciones
del “yo” en los procesos sociales del siglo XXI”.***

Mesa temática: 88. Historia de mujeres. Historia del género.

U.N.T. Fac. de Filosofía y Letras

IILAC.

Massara, Liliana M.

Prof. Adjunto Lit. Argentina I

Las Piedras 715, S.M. de Tucumán

Tf. 0381-4310771

Mail: lilianamassara@arnet.com.ar

Algunos críticos han incluido la nueva democracia de los '80 en los primeros años del tercer milenio para abarcarlos con una denominación común: “la era de la intimidad” como consecuencia de la revalorización de la subjetividad. Este factor, por un lado, participa de un modo inherente en todo acto del ser humano cuando éste entabla cualquier tipo de relación con el mundo; por otro, al frente de cualquier disciplina, cuya cualidad más destacada es la de proceder con objetividad, como la historiografía, puede desplazarse hacia zonas resbaladizas por donde lo subjetivo se filtre en lo objetivo: acto por cierto, a veces inconsciente, más propicio en el campo de las artes.

La literatura entendida como lo que es, una disciplina artístico-cultural, puede manifestarse por sus desbordes expresivos, sentimientos, emociones, en fin, una descarga del mundo interior a través de la narración. Ésta, sin embargo, es el lugar común con la historia, ambas relatan hechos, sólo que la primera, si bien necesita de la historia y de la realidad para construir un mundo posible, se asienta en ellas pero se desplaza hacia zonas borrosas; la segunda no desborda en sentimientos, sino que su principio es el documento, y los hechos a los que se refiere ya han ocurrido; mediato o inmediato, el tiempo que contempla es el pasado. La literatura también apela a un tiempo de la memoria, generalmente para explicarse hechos que acontecen en el presente, pero su fin no es certificar una verdad como la que rige a través de lo que se

documenta, su propósito está en crear mundos posibles para discernir, reflexionar, e inclusive provocar como intento para sugerir una actitud de cambio, lo que no implica conseguirlo, al menos, sí, la reflexión de quien la recepte; sin embargo, y aquí la gran diferencia con la historia, la literatura procede y está autorizada en su propia esencia, a alejarse del archivo aunque se sostenga en él; aún apelando a lo autobiográfico y a lo biográfico, ella se legitima en la *inventio*, su motor de vida es parte de la *imago mundi*; ella representa un universo, no lo refiere miméticamente.

Ambas disciplinas son relato de los hechos, se acercan y se rozan cuando apelan a la voz del rumor popular; ambas, marcando distancias, se conectan, según sus modos, con el complejo ámbito de la subjetividad cuando apelan a la oralidad¹, al testimonio del sujeto que cuenta sus experiencias de vida mientras va deliñando los modos de una sociedad; el testimonio² de una voz se proyecta en otras y éstas convergen en una estructura colectiva que puede colaborar en la biografía de un país, en su identidad y en su cultura.

La literatura expone un verosímil, el referente accede por los caminos de la imaginación. El testimonio, entonces, como entidad literaria deviene simbólico. Como referente de la realidad, a este registro no sólo le interesa representarla, sino que también la interpreta, la explica, la cuestiona, en busca de un reposicionamiento identitario. El discurso testimonial hace inteligible determinados “rostros” de la realidad tratando de reubicarse en un nuevo espacio cultural; nuevo en el sentido de su evolución inevitable por diferentes factores históricos, sociales y políticos.

Las transformaciones de la sociedad afectan al mundo y al sujeto inserto en él, por lo tanto testimoniar implica la presencia de un sujeto social autoreflexivo, integrante de la civilidad; que puede o no ser un marginado. No es el caso de los testimonios que aquí se analizan, en los cuales, cada sujeto es elemento particular de un todo, poseedor

¹ *La memoria, los testimonios y la tradición oral fueron desde los inicios de la historia una fuente accesible, necesaria para ampliar las evidencias e imprescindible en contextos donde la cultura oral era el eje de la producción y la transmisión de conocimientos.* Ver Jorge Aceves Lozano (compl.), *Historia oral*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993, p 7.

² El testimonio es el relato de una experiencia personal que apela a la oralidad; el testimonio canónico necesita de un letrado que escriba las experiencias del testigo, en cambio, en los límites con la institución literaria, este tipo de registro da cuenta de una memoria fragmentada organizada a la vez por quien escribe lo que cuenta. Yo lo consideraría una especie del género que se desplaza y se construye desde un burgués porque el testimonio lo expresa una persona culta, o con cierta formación como el caso de las mujeres seleccionadas para contar sus historias de vida. Este tipo de construcción es más pragmática y destaca la idea de que la veracidad de lo relatado es un aspecto relevante, sin embargo el proceso de proyectar lo oral a la escritura literaria lo torna verosímil y no verídico. Castro Klaren considera que los “escritos testimoniales... constituyen, según la nueva óptica feminista, elementos genuinos para el análisis cultural”. Ver la introducción de *Women’s writing in Latin America*. Boulder: Westview Press, 1991, de la cual es editora junto a Silvia Molloy y Beatriz Sarlo.

de sus propias partículas identitarias: con modos diferentes y /o puntos en contacto; estable o inestable emocionalmente; amenazado, temeroso o no ante los procesos de cambio cultural.

El sujeto quiebra ciertos paradigmas sociales en la relación interioridad- exterioridad; el vínculo con ciertas “estructuras de sentimiento” de su entorno entra en crisis lo que da cuenta de modelos culturales emergentes, relacionados generalmente con las minorías de diferente índole: sexuales, raciales, etc. En el caso del género³ sexual masculino-femenino, se producen – y no es novedad- planteos ideológicos diferentes, paradigmas y consignas que tienen hoy, también su representatividad en la voz de la mujer que intenta proyectarse en base a lo propio y no a lo ajeno e impuesto; además, la tendencia se da a partir de un discurso reflexivo y relacional de la idea de sexo, o sea, que las actividades sociales y el posicionamiento cultural de las mujeres se evalúa y se analiza en términos relacionales con la cultura de los hombres y en relación también con las instituciones que conforman el orden de la sociedad.

Estas escrituras de la “intimidad”, memorias breves, a veces muy fragmentadas en el plano de lo literario, son testimonios construidos con las huellas de la oralidad, son la apariencia de lo oral en términos de escritos, discursividades de las que se apropian las mujeres para realizar o no, reformulaciones culturales; a través de estos registros en los que se apela a la memoria, hacen referencia a sus relaciones con la sociedad; hablan de los procesos de inserción dentro de una cultura marcadamente codificada todavía por los hombres; reflexionan ya como “sujetos culturales”⁴, o sea, como una categoría sustentada en lo subjetivo e ideológico, ya como una instancia de discurso propio, un habla, una “estructura socializada”.

En el nuevo milenio, la mujer se siente partícipe de una institución político-social, con derechos ciudadanos, sin embargo, padece “deberes” diferenciados, a pesar de los cambios. Por lo tanto, el discurso de estos “yo”, referentes de vida de las mujeres,

³ El género entendido en término de diferencia sexual, lo cual implica también incluirlo como una categoría social ya que el espacio de lo femenino ha desarrollado roles y relaciones sociales construidos e impuestos históricamente por los hombres.

⁴ La cultura es conceptualmente abstracta, no tiene existencia propia, sólo puede medirse, captarse a través de situaciones concretas, de prácticas discursivas, o sea, de la índole del lenguaje; de prácticas sociales, y sus modos particulares de producirse en los sujetos que conforman un conjunto societal. De ahí que el “sujeto cultural” tiene una base ideológica, que Edmond Cros concibe *como una instancia que integra a todos los individuos de la misma colectividad: en efecto, su función objetiva es integrar a todos los individuos en un mismo conjunto al tiempo que los remite a sus respectivas posiciones de clase, en la medida en que...., cada una de esas clases sociales se apropia ese bien colectivo de maneras diversas* Ver Edmond Cros, *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor, 1997, p. 10.

historias tanto públicas como privadas, apela a este tipo de registros escriturarios para narrar sus identidades en el nuevo milenio.

Me interesa en esta oportunidad, el espacio testimonial literario, dado el texto seleccionado: *No somos perfectas*⁵, para desentrañar desde los espacios narrados por cada una de estas mujeres, la razón y el propósito de “dar a luz” algunos fragmentos de sus historias de vida.

Me preguntaba, mediante la lectura del texto, qué tipo de espacio cultural constituyen, según los temas y problemáticas a los que hacen referencia. Creo que estos testimonios son el producto de un emergente socio-cultural; tratan, no de descubrir nuevos espacios, sino de hacer una lectura diferente sobre las formas ya existentes. Esto no significa sostenerse en las estructuras de principios de siglo XX; ni tampoco abortar todo signo “residual”; por el contrario, en su conjunto general el cuestionamiento se centra en la búsqueda de un equilibrio cultural. Para ello estos discursos de mujeres, a partir de lo personal, se preguntan si todo debe modificarse para adaptarse a los nuevos tiempos, o bien, qué elementos emergentes y qué elementos residuales convalidar.

La autoreflexión de cada una de estas subjetividades femeninas, muchas de las cuales no poseen estructuras emocionales estables, significan y re-significan una cartografía cultural a partir de vidas cotidianas de mujeres profesionales para rescatar aciertos, para desterrar errores, para narrarse a sí mismas como un modo de plantear y construir identidades.

Lo emergente se remite a una nueva clase de mujeres, clase media, burguesa, profesional, también madres, exponentes de un modelo que denomino “potencial incierto”; mujeres que aparentemente lo pueden todo, y de hecho, lo pueden, pero cuyo reconocimiento socio-cultural, aún es relativo, parcial, no está ampliamente generalizado y totalmente aceptado por nuestra sociedad.

Estos testimonios de vida tiene un tópico común: la libertad. Ésta, ampliamente valorada en los discursos, constituye algunas veces, estados contradictorios; algunas mujeres lo analizan apelando a la figura de la paradoja: ¿libres para ser esclavas? ¿Reconocimiento social y desconocimiento humano?

Percibo, mediante estos testimonios, una suerte de “clínica” de cuerpo y espíritu; cada una de las voces materializadas por la escritura, sostiene una cuota de vida, un ángulo de existencia, para sumar todas en conjunto, el caleidoscopio del ser real frente

⁵ Mori Ponsow (editora), *No somos perfectas*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2006.

al mundo; a la vez, estas historias cotidianas de temáticas múltiples: el amor, la familia, los hijos, la traición, la infidelidad, las modas, las convenciones sociales, la profesión, postulan a la vez una capacidad de autocrítica, en algunas más que en otras, y en consecuencia, generan discursos identitarios; construyen identidades en transición, o bien, se afirman en otras, propias de la metamorfosis a la que conduce inevitablemente el paso del tiempo. A veces narran identidades ideales o posibles, para definirse, precisamente en la indefinición, pues, por lo que muchas de ellas relatan, ninguna identidad es conclusiva de sí. Cada discurso es cuestionador de sí y del “otro”, a fin de admitir al sujeto como entidad en proceso; la admisión de sí en el complejo mundo moderno no puede ser total.

El texto está fragmentado en capítulos, exponentes de cada mirada; el lugar común está dado en la conformación de un “sujeto cultural”, determinando una clase burguesa, profesional, en la que se destacan escritoras, profesoras en letras, periodistas; y un grupo menor compuesto por artistas, cineastas y una psicoanalista; cada una de ellas representada por una breve biografía de características culturales, al final de la edición.

Estos dieciocho relatos de vida, a medio andar entre las memorias, los testimonios, y otros “andamios” discursivos evidencian desde el título un posicionamiento autocrítico: “No somos perfectas” no niega las diferencias con el “otro”, sin embargo, el aporte de cada relato advierte de la mayor dificultad para vivir y de la mayor complejidad de la vida, en tanto que el interés de quien copila estos relatos, apela a un registro de mujeres *ambiciosas, responsables, y con aspiración a ganar cierto reconocimiento o prestigio por su hacer laboral*⁶. Por lo tanto, entre ellas, Vera Fogwill, desde la apertura del libro abre la ventana hacia el conflicto, pues, *su pregunta sintetiza la desazón de muchas mujeres desbordadas ante los malabarismos que tienen que hacer para mantener cierto equilibrio entre los deberes que asumen, las libertades que eligen, los derechos que deciden ejercer*⁷.

Por lo tanto, en estas mujeres, buenas profesionales, que han logrado el sesgo de la libertad y del reconocimiento socio-cultural. ¿Hasta qué punto no hay nostalgias de una tradición?

En “Tangee natural”, relato de Angélica Gorodischer, (escritora) el texto se construye entre la rebeldía de la juventud y la moderada plenitud de la adultez. Lo

⁶ *No somos perfectas, Op. Cit*, p. 13

⁷ *Ibédem*, P. 13.

prohibido se desea en tanto acto al que no se accede, conduce a la rebelión. Con este discurso, Gorodischer insta a un sujeto social femenino, de clase media alta que proyecta de la parte al todo, una actitud histórica, conducta propia de la mujer frente a un mundo de paradigmas dominantes que no comparte y con los que se enfrenta. La autora apela a ciertas convenciones de la moda, a un producto del mercado que en los '50 define toda una época: “el tangee natural” y lo proyecta hacia los códigos morales de clase, y entre ambos, un comentario crítico sobre la existencia o no de los “prejuicios sociales”: *Desde allá hasta acá los prejuicios han cambiado bastante lo cual no quiere decir que hayan desaparecido por completo, qué más nos querríamos. Simplemente ahora apuntan a otros lados...tal vez en el fondo de esos lados estén los mismos que estaban cuando yo me fugué del hogar llevando mi cepillo de cejas, sólo que bastante más ocultos.*⁸

Su discurso parece contradecirse al comparar a la mujer rebelde de entonces con la que con tono gratificante anuncia pertenecer a la identidad de una familia “tipo” y no ser parte del complejo núcleo familiar “rizomático” al que responde una identidad familiar actual generalizada. Son estas situaciones las que materializan cierto eje relacional entre identidades emergentes e identidades residuales. Gorodischer se construye fiel a un símbolo de la vida social de la que participó; regula sus normas de vida, muestra su libertad en el deseo de desaparición de los prejuicios y a la vez, en un esquema contradictorio, se apega a una tradición, a un modo socio-cultural burgués concretado en el matrimonio.

Ahora bien, ¿Qué porcentaje de mujeres profesionales reniegan de él? La norma actual a qué caminos conduce? La sociedad globalizada, ¿se define en el descompromiso y en consecuencia, pacta con la soledad? Estos interrogantes surgen de las historias que relatan estas mujeres. Aquí comienzan a tomar cuerpo estos “potenciales inciertos” que ponen en evidencia identidades en crisis, en etapas de transición, de nuevas búsquedas y de otras respuestas, por medio del balance entre lo nuevo y lo que continúa. En consecuencia, estos relatos de vida son el manifiesto de necesidades internas y de incertidumbres frente a la banalidad del mundo globalizado.

Anna Kazumi Stahl, escritora de origen japonés – americano, criada en el ámbito cultural paterno, en Nueva Orleans, procede a contar historias, cambiando el registro: el relato en primera persona es reemplazado por la tercera; quien narra, primero se

⁸ *Ibidem*, p. 69.

posiciona como un sujeto con identidad propia, y posteriormente, por contraste, pone en escena las identidades de las otras vidas de mujeres que luchan por preservar su identidad; la voz narradora se comporta como un transcriptor que transcribe la voz de otro. Este espacio, fronterizo entre el biógrafo que asegura que son hechos verdaderos, y el transcriptor, añade al libro una nueva posibilidad escrituraria aportando otro punto de vista con respecto al encuentro cultural; la autora reconoce como factor necesario, la concientización de los sujetos frente a las diferencias, esto permite la proyección sin la negación: *Se rescinde la idea de un encuentro armoniosos entre los mundos, y se acepta vivir en la brecha donde los bordes ásperos, pero también porosos, de cada cultura se acercan.*⁹

Plantea conflictos culturales a partir de tres historias individuales de mujeres en un encuentro de culturas diferentes, oriente vs occidente; cuenta tres situaciones de vida: 1) para mostrar el peligro de la asimilación, lo que implica la pérdida de valores, de aceptación en la otra cultura; 2) para poner en evidencia el inconveniente de que ambas persistan y por lo tanto se excluyen; c) para destacar la concientización de las diferencias, la apertura al contacto con el otro en un punto de equilibrio. Los significados literales de los hechos narrados se desplazan a una serie de significaciones que podrían connotar las problemáticas con la otredad entendida como identidad sexual y cultural.

Utiliza los conflictos propios de la globalización cultural, estrategia metonímica que simboliza conflictos de género; admite procesos de cambio de actitud en la relación del género sexual, no para silenciar desencuentros, sino para desenmascarar un espacio confuso, inestable. Su discurso sugiere para estos tiempos la flexibilidad de perspectivas para producir movimientos en busca de nuevas definiciones: nuevos tiempos requieren aprender a “escuchar para escucharse”. Por lo tanto estas historias de vida no ofrecen finales conclusivos.

También se plantean cuestiones temáticas concretas alrededor del feminismo, como la de la psicoanalista Maité Jauregui a partir de la dupla víctima-victimario. Por supuesto la víctima es la mujer y la hija, quien cuenta la historia, recuerda su furia frente a los “abusos de poder paterno”, sintetizados en su libertad para proyectarse socialmente.

⁹ *Ibidem*, p. 79

Lo que la narradora analiza, -propio de su profesión- es el mandato femenino, en este caso, metaforizado en “ellos la pasan bomba” que se hereda de abuela a nieta. Lo hace a partir de una lectura freudiana y la cuestión de la “rivalidad fálica”, la cual se argumenta, y se explica por su carácter simbólico, el cual es abstracción de una cuestión cultural, o sea, el deseo de tener acceso a lo que ellos tienen y la mujer no, sobre todo por un axioma impuesto culturalmente y sellado en el inconsciente; situación que el discurso revisa en la actualidad a través de los cambios identitarios de mujeres que se hacen cargo de sus propios deseos e intereses. El discurso concluye en la no-conclusión del análisis, advirtiendo las contradicciones de estos pares diferentes, unidos por una estructura interna neurótica, en la que lo femenino, sin particularizar líneas de análisis, que por cierto difieren, aún le atribuye al otro un poder socio-cultural mayor.

He seleccionado tres historias de tres autoras del grupo, pues son propuestas escriturarios diferentes y además, con perspectivas temáticas variadas que simbolizan, a la vez que singularizan ideologías más equilibradas en el orden de lo real, en cuanto a que plantean ciertas construcciones identitarias femeninas en relación con una compleja cartografía cultural, de la que los hombres forman parte, y en la que también se incluyen al momento de analizar la liberación femenina y su figura socio-cultural.

Las otras historias relatan situaciones de infidelidad, de inseguridad afectiva, propias de culturas que dicen ser monógamas y que parecen no serlo; pensemos en función de las teorías no esencialistas, o bien, desde otra perspectiva, en la alteridad de “ese” que nos habita y al que muchas veces se resiste, por mandatos culturales albergados en el inconsciente. Otros temas son: la soledad, el amor, los desengaños, las ilusiones, las historias de amantes; todas encierran cuestiones ontológicas y de existencia vistas a través del cotidiano vivir, en el cual, el binomio mujer-hombre suele igualar comportamientos que proceden por descentramientos de la personalidad. Al respecto, la periodista Sandra Russo relata una relación de amantes y luego de esposos, asegurando *que los equilibrios inestables que encontremos trastabillarán de buenas a primeras...nunca estacionaremos en un playón como la gente, con dirección exacta y gerente responsable...iremos probando más disparates para ver en cuál nos sentimos menos rehenes de lo que se supone es una pareja...*¹⁰.

Estos discursos se unen por un hilo emocional: el orgullo de ser mujer. Después todos los cuestionamientos surgen alrededor de un nuevo emblema cultural: libertad e

¹⁰ *Ibidem*, p. 208.

igualdad. Además se manifiestan como sujetos complejos y muy pasionales; algunos modos discursivos son marcadamente racionales, otros, en cambio, desbordan la locura en el contacto desmesurado con la imaginación, afirmándose y legitimándose desde sus propias escrituras, coherente con la profesión que desarrollan, la que de alguna manera incide en la formación de sus identidades.

El “giro lingüístico” ha impuesto el “giro subjetivo”. Estos testimonios son otra muestra de que *se ha restaurado la razón del sujeto...En consecuencia, la historia oral y el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada.*¹¹

El cambio está, no se lo niega, en tanto que muchas de ellas se liberan a través de la escritura; pueden escribir más allá del pudor; exponer el cuerpo en la palabra, porque cuerpo y palabra son uno. El lenguaje las define y por él manifiestan el placer y el goce de ser parte protagónica de una encrucijada cultural de la que todavía no hay respuestas concretas. La búsqueda continúa y el dilema de las diferencias persiste como un hecho de vida irrevocable.

¹¹ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2005, p. 22.